



Una tercera opción

Noelia Jiménez Sangüesa

Una tercera opción

Noelia Jiménez Sangüesa

La vida es fantasía cuando tus manos me tocan.

Noelia Jiménez Sangüesa, 2020.

Una tercera opción.

© Edición de mayo de 2020.

© Noelia Jiménez Sangüesa.

ISBN: 9798643819776

Sello: Independently published.

Diseño y maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Corrección: Arantxa Murugarren.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

Ahora mismo me encuentro entre la espada y la pared. No sé qué hacer, no puedo decantarme por uno de ellos; es algo que se me antoja imposible. Tengo ante mí a dos personas que me quieren, me valoran y me respetan, pero también tengo la gran oportunidad de ir a pasar el verano a Chicago con mi padre, a quien no veo desde hace casi siete años, y conocer una nueva ciudad; un nuevo país.

Ya hace varios años que tengo mi corazón dividido entre dos personas, ya que ambos me aportan cosas diferentes e imprescindibles para mi vida. Uno me da estabilidad y el otro me proporciona la emoción que necesito en mi vida. Uno me hace sentir especial y el otro deseada. Uno me frena cuando pierdo los papeles y el otro me insta a mostrarme tal y como soy, sin que me importe lo que puedan pensar los demás de mí. Necesitaría una tercera opción que uniera todas sus cualidades en una sola persona y así todo sería más fácil. Tengo un problema, eso está muy claro.

No voy a pensármelo ni un segundo más, he pasado dos años intentando decidirme por uno de ellos y no lo he conseguido; ¿quién puede asegurarme que si me quedo todo se solucionará como por arte de magia? Quizás, estoy equivocada y ninguno de ellos conseguirá darme nunca lo que realmente necesito.

—¿Vas a dejar aquí abandonados a tus dos amores después de dos años mareándolos? —mi amiga me mira con una sonrisa totalmente sincera, ella sabe lo mucho que he intentado decidirme por uno de ellos.

—No puedo hacer otra cosa, Pilar. Además, será una vía de escape y estar lejos de ellos durante un tiempo quizás me ayude a darme cuenta de quién de los dos me conviene más.

—Entonces, ¿crees que echarás de menos a uno de ellos? —me mira fijamente, esperando y deseando que me sincere con ella, pero ni yo misma sé lo que quiero.

—Eso espero.

Llego al aeropuerto sobre las doce del mediodía y veo como mi padre me sonríe orgulloso, casi camuflado entre la multitud. Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos y corro hacia él, sin importarme la mirada curiosa de la gente cuando paso como una bala por su lado, hasta que llego a sus brazos y estos me arrojan con todo el cariño que ha estado reservando para mí. Han pasado más de seis años desde la última vez que le vi, desde que mi madre cayó enferma y él tuvo que aceptar el trabajo que su empresa le ofreció en la otra punta del mundo para poder cubrir así todos nuestros gastos, incluyendo los médicos, los cuales no habíamos esperado.

A pesar de lo mucho que lo intentó, su esfuerzo y dedicación no sirvieron de mucho, ya que mi madre falleció unos meses después y a mi padre le fue imposible rescindir el contrato si quería seguir en la empresa para poder pagarme los estudios y todo aquello que necesitase. En aquel momento, una chica de diecinueve años necesitaba el dinero más que otra cosa en el mundo. Lo había perdido todo y necesitaba salir adelante fuese como fuese.

Como era mayor de edad y acababa de empezar la carrera, decidí que prefería quedarme totalmente sola en Madrid y luchar por conseguir todo aquello que siempre había soñado. Después de mucho esfuerzo, dedicación y la gran ayuda económica de mi padre, conseguí licenciarme en medicina y entrar a trabajar en un hospital que se dedica a investigar a fondo el cáncer e investigar para encontrar medicamentos, aún experimentales, que ayuden a prevenirlo y así conseguir erradicarlo en un futuro cercano.

A día de hoy, de lo único que me arrepiento es de no haber ido antes a visitar a mi padre. Una parte de mí siente que le abandonó, pero la otra sabe que en aquel momento separarnos fue lo mejor para los dos. Mi madre lo era todo para nosotros y vernos a diario nos habría recordado que ya no la teníamos, ni la tendríamos, a nuestro lado.

—No me puedo creer que mi niña ya sea toda una mujer. Además, estás preciosa. Tienes que tener a todos los hombres de Madrid a tus pies —mi padre me abraza con fuerza y dulzura, intentando hacer de ese primer contacto después de tanto algo inolvidable para los dos.

—El tiempo tampoco ha pasado en vano para ti. Estás hecho un abuelo —le doy un golpe suave en el hombro, provocando que empiece a reír como hacía años que no le escuchaba hacerlo—. Y no, no tengo a todos los hombres de Madrid a mis pies. Creo que, por el momento, no estoy por la labor —me encojo de hombros, lo que provoca que a mi padre le brillen los ojos y se llenen de alivio. Está claro que siempre seré su *niñita*.

—Se te va a pasar el arroz, hija —ambos nos reímos y me veo tentada a decirle que tendría que aplicarse sus palabras, pero pronto la nostalgia inunda su rostro y sé que me ha leído el pensamiento—. Han pasado muchos años, es cierto, pero el dolor sigue haciendo mella en mí —los ojos de mi padre están igual de apagados que el día que volvió a casa para el funeral de mi madre. Esto es algo que me provoca escalofríos; ha pasado demasiado tiempo. Nunca la olvidaremos, eso por supuesto, pero la vida sigue y no podemos quedaros anclados en el pasado, por muy duro que sea pensarlo.

—Deberías rehacer tu vida, papá. Te lo he dicho miles de veces. Sabes que mamá hubiese querido verte feliz.

—Soy feliz, tengo una hija que está a dos pasos de curar el cáncer.

Mi padre me abraza de nuevo y me conduce hasta su coche, nos subimos y nada más sentarme, me quedo dormida sin que me dé tiempo ni de abrocharme el cinturón. No sé cuánto ha durado el trayecto, pero cuando bajo del automóvil y veo la gran casa que hay frente a mí, empiezo a

comprender que mi padre me haya mandado más de dos mil euros cada mes durante estos últimos siete años y haya podido contribuir económicamente con tanta frecuencia en las investigaciones del hospital donde trabajo; está forrado.

Nada más entrar me doy cuenta de que el hombre que me dio la vida tiene ayuda para mantener la casa, puesto que esta está impecable y él nunca ha sido ordenado; ni pulcro, ya puestos a decir la verdad. Con una sonrisa emocionada, me acompaña a la que será mi habitación y me echo a llorar en cuanto la veo; está decorada exactamente igual que el cuarto que tenía en casa cuando era una adolescente y mi madre nos dejó. Poco después de su muerte, alquilé un piso pequeño cerca de la universidad. Fue una manera cobarde de escapar, pero fue la forma más fácil que encontré de no recordarla constantemente y evitar que el dolor acabase conmigo.

—No pensé que tardarías tanto en venir, así que supongo que ahora parece un poco infantil — mi padre me mira con la disculpa reflejada en sus ojos y aprieta mi mano con suavidad—. Quise que cuando vinieses a verme, no te sintieses extraña en una casa que no era la tuya.

—Es perfecta, papá. Me encanta, de verdad.

Sin mediar palabra, observo cada rincón del cuarto y me sorprende encontrarme con algunos objetos que creía perdidos, pero que al parecer se llevó mi padre cuando se fue para sentirme un poco más cerca. No le culpo, sé que dejarme en Madrid fue lo más duro que ha hecho nunca, pero fue una decisión que ambos tomamos y que tuvimos que aceptar.

Dejo las maletas con cuidado sobre la cama y me dispongo a ordenarlo todo. Mi padre me anuncia que debe volver al trabajo y que volverá sobre las ocho de la tarde si no se complican las cosas en la oficina. Al parecer, ahora es uno de los jefes y, además de ganar mucho más dinero del que nunca podría haber imaginado, tiene que encargarse de cientos de cosas que le roban mucho tiempo y le mantienen distraído. Entiendo que se refugiase en el trabajo, así ha conseguido mantener su mente ocupada y no verse solo durante horas ante la posibilidad de que mi madre ocupase sus pensamientos.

Cuando lo tengo todo bien ordenado y he hecho de esta habitación algo totalmente mío, me dispongo a encontrar la cocina y hacerme algo rápido de comer. Son más de las dos del mediodía y mi estómago me está pidiendo munición. Después de diez minutos vagando por la casa, encuentro la cocina y en ella a un muchacho de unos treinta años preparando distintas recetas que va dejando ordenadamente sobre la encimera.

—¿Hola? —me quedo parada en la puerta de la cocina, esperando que el chico entienda mi pregunta no formulada; ¿quién es y qué está haciendo en la cocina de la casa de mi padre?

—Oh, ¡hola! —el muchacho se gira para mirarme, mostrándome una sonrisa de lo más sincera, unos ojos azules muy claros y una tez bronceada. Su cabello rubio cae sobre sus ojos y unas manos grandes me invitan a acercarme—. Tu padre me ha dicho que estarías muerta de hambre después de tu viaje. Se le ha olvidado comentarme qué te gusta, así que he preparado un poco de todo para

que puedas elegir lo que más te apetezca —me sonrío y me muestra sus blancos dientes, totalmente alineados excepto uno; algo que me parece muy sexi—. Espero no haberme pasado.

—No... No es necesario que hagas nada de esto, sé cocinar y puedo encargarme de hacerlo sin ningún problema.

—Nadie ha dicho lo contrario, pero soy el cocinero y este es mi trabajo. No me cuesta nada hacerlo, para mí es un placer y tu padre me paga muy bien por ello.

—¿Mi padre tiene un cocinero propio? —mis ojos se abren como platos y acepto su invitación de sentarme en uno de los taburetes que acompañan a la barra americana, observando asombrada todos los platos que va dejando frente a mí.

—Sí. Bueno, tiene un cocinero, un chofer, un asistente y muchas personas que le ayudan a mantener la casa para que no se vuelva loco en el intento.

—No sabía que mi padre era de esa clase de hombre de negocios —una sensación totalmente desconocida empieza a oprimirme el pecho. No sé qué es, pero tiene pinta de que no me gusta nada que mi padre se haya convertido en un señorito después de todo lo que luchamos para conseguir salir adelante.

—Y no lo es, en absoluto. Mi madre es su secretaria en la empresa, se dio cuenta que desde que murió su mujer él no era el mismo y movió cielo y tierra para encontrar quien le ayudara a salir adelante y con la casa —el muchacho ha tenido que ver mi cara de desconcierto, puesto que rápidamente empieza a darme más información—. Mi madre es lesbiana, no tiene ningún interés en tu padre, y por eso trabaja para él. Este dejó muy claro que solo quería a hombres trabajando para él. Es consciente de que nunca amaré a nadie como amó a tu madre, pero todos sabemos que nadie es de piedra y él siente que mirar a otra mujer es faltarle el respeto a su esposa —el chico se encoge de hombros mientras acaba de dejar los últimos platos frente a mí y le sonrío agradecida. No entiendo por qué mi padre se comporta de este modo, nunca ha menospreciado a las mujeres; al menos no que yo sepa—. Es normal que pienses que es una actitud algo machista, pero así se quita una preocupación y no tiene que pensar en si se fijará en alguien y como podría afectarte eso a ti.

—Entiendo... —mi mente viaja hasta todas y cada una de las conversaciones que he mantenido por teléfono con mi padre casi a diario durante los años que hemos estado separados y en ninguna había mencionado nada de todo esto.

—No te enfades con él, odia admitir que no puede con todo y que necesita ayuda —el muchacho se sienta frente a mí y me mira con una sonrisa de lo más coqueta. Es increíble lo rápido que me ha calado—. Por cierto, me llamo Steve —me tiende su mano para que la estreche y lo hago con gusto.

—Steve, no hace falta que me hagas la comida. Puedo hacerla yo, de verdad, y así tendrás unas horas más de descanso para dedicarlas a aquello que más te guste hacer.

—Lo que más me gusta es cocinar y vivir en esta casa —tiene que haber visto como he encarado las cejas, porque rápidamente se echa a reír—. Sí, sí quiero tener listas todas las comidas de tu padre y de los demás empleados a tiempo y no morir en el intento, ni que ellos mueran de hambre, he de vivir aquí.

—Pero, ¿te gusta vivir aquí? No lo entiendo...

—¿Has visto esta casa? ¿Has visto la increíble piscina que hay fuera? —Steve me interrumpe, así que aprovecho para llevarme un trozo de comida a la boca, y una sonrisa asoma a mis labios.

—¿Hay una piscina? —no puedo evitar hablar con la boca llena. No sé qué estoy comiendo, pero está realmente delicioso—. Esto está increíble.

—Tu padre buscó al mejor —me guiña el ojo y se pone a recoger mientras yo termino de comer. No puedo más, pero no pienso dejar ni un solo bocado en los platos—. Por cierto, chica misteriosa, ¿quieres que te enseñe la piscina dónde seguramente pasarás largos ratos durante tu estancia aquí?

—Me llamo Aurora, perdóname por no haberme presentado antes, pero la comida y toda la información obtenida en tan poco tiempo me han nublado la vista y he perdido por completo los modales —me avergüenzo inmediatamente por mi comportamiento y le acompaño hasta la parte trasera del jardín. En cuanto veo la piscina, los ojos se me abren como platos—. Vaya, esto parece una piscina olímpica.

—Tu padre nunca ha escatimado en gastos, espero que no lo haga contigo tampoco —Steve me mira de soslayo con una expresión cargada de preocupación. Supongo que piensa que mi padre me abandonó cuando murió mi madre y que no habíamos sabido el uno del otro hasta ahora.

—Siempre ha estado muy pendiente de mí, si es lo que estás insinuando. Desde que mi madre murió no me ha desatendido en ningún momento, aunque no nos hayamos visto en siete años —sonríe mientras me dejo caer en el suelo, quitándome los zapatos y metiendo mis pies desnudos en la piscina. Necesitaba esto, relajarme un poco después del día que he tenido—. La pérdida de mi madre fue dura para mí, pero para él fue destructiva y acabó con todo lo que siempre había creído. He querido venir en muchas ocasiones, pero un hospital de investigación no descansa y necesitaba encontrar el momento indicado para hacerlo. Poder estar durante una temporada con mi padre, sin necesidad de estar pensando constantemente en el momento de mi partida.

—Entiendo, no sé por qué, pero siempre hemos pensado que después de la muerte de su mujer no había querido saber nada de su hija, aunque hablaba constantemente de ti y la verdad es que siempre lo hacía con mucho cariño y afecto.

—Al contrario, siempre ha estado muy pendiente de mí, mucho más que cualquier otro padre. No permitió que me hundiese y me impulsó a terminar la carrera y dedicarme a aquello que siempre había soñado. Ha estado a mi lado siempre que le he necesitado, aunque haya sido en la distancia.

—No puedo decir nada más que enhorabuena por el padre que tienes, muchos desearían tener a alguien así.

Nos quedamos en la piscina durante más de dos horas, con los pies en remojo, chapoteando con cuidado de no salpicarnos el uno al otro y hablando sobre nosotros. Steve me cuenta que se sacó un curso de gastronomía cuando tenía dieciocho años y que desde entonces no ha dejado de cocinar; es algo que le apasiona y que espera no dejar de hacer nunca. Su padre falleció en un accidente cuando él todavía no había nacido y su madre tuvo que sacarlo adelante, desprendiéndose de los buitres que se acercaban a ellos con la única intención de aprovecharse de ella. Me ha contado que su madre siempre ha sido una mujer muy bonita y que atraía la mirada de todo hombre que pasaba por su lado.

Con el paso del tiempo se dio cuenta de que no se sentía igual que años atrás, algo en ella había cambiado y no lograba entender bien el qué. En aquel momento conoció a Sasha, su actual pareja y su visión de la vida cambió por completo. Ella le ayudó a comprender el verdadero significado del amor y le mostró como ser realmente feliz. Steve se muestra muy feliz mientras me habla de la que se ha convertido en su segunda madre y yo, sin conocerle, me alegro de que él y su familia sean tan felices después de haber luchado por tener esa vida que siempre habían deseado.

Durante años, y hasta que empezó a trabajar en la empresa de mi padre y se convirtió en algo así como su asistente personal y su mejor amiga, tuvo muchos problemas para sacar a flote a su hijo. Por lo que me cuenta, mi padre fue el responsable de que Steve estudiase, pagando sus estudios y dándole todo su apoyo, cosa que me hace sentir realmente orgullosa de ser hija de quién soy.

No sabemos cómo ha pasado, pero para cuando reaccionamos y nos damos cuenta los dos estamos dentro del agua, con ropa incluida, y mi padre ríe a carcajadas mientras nos mira desde el borde de la piscina. Nunca cambiará, está claro que cuando alguien se acerca a su pequeña tiene que hacer de las suyas para alejarle; sino, no sería mi padre.

—Deja de ligar con mi hija, Steve.

—Eres un cabrón, Pedro —el muchacho se echa el pelo rubio hacia atrás, evitando así que el agua siga cayendo sobre sus ojos.

—No te lo voy a negar, pero este cabrón te va a dar todo un mes de vacaciones remuneradas para que le enseñes a mi hija la ciudad de cabo a rabo —una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de mi padre y me doy cuenta de lo mucho que confía en Steve.

—¿Y quién va a evitar que mueras de hambre durante ese mes? —Steve se echa a reír una vez que ha salido de la piscina y me ayuda a hacer lo mismo. Un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir su contacto y no puedo evitar sonrojarme un poco. Espero que ninguno se haya dado cuenta.

—Creo que me las podré apañar, tú de momento céntrate en que a Aurora no le falte de nada mientras esté aquí con nosotros —mi padre me guiña el ojo y sonrío; no ha cambiado nada.

—A sus órdenes, mi general —me echo a reír cuando Steve imita el típico saludo militar y me mira a los ojos con una sonrisa de oreja a oreja—. Prepárate entonces, hay mucho que ver y un mes no es suficiente.

—Son las cinco de la tarde y se ha pasado media vida metida en un avión —mi padre abre los ojos como platos, creo que no pensaba recibir tanto entusiasmo por parte del muchacho—. Podéis descansar hoy y salir mañana temprano.

—No hay tiempo que perder.

Steve me ha dejado una hora para ducharme y cambiarme. Según él, el tiempo es oro y hay que aprovecharlo al máximo. Cuando por fin estoy lista, me encuentro con que el chico me espera en el patio delantero con dos bicicletas preparadas y me quedo mirándolas con una gran sonrisa; hace años que no paseo montada en una. Creo que puede ser emocionante ver la ciudad mientras pedaleamos, será relajante y estimulante al mismo tiempo. Espero que el cansancio acumulado en mi cuerpo no arruine esta salida, necesito despejarme y hacer algo totalmente diferente.

—¿Qué te parece ir a ver el Parque del Milenio? Podemos pasear por allí, verlo todo en bicicleta y luego buscar algún lugar que esté bien para cenar —Steve parece realmente emocionado con la idea que ha tenido y esto provoca que mi corazón empiece a latir con fuerza. Hacía tiempo que nadie pensaba en mí de esta forma, deseando poder hacer algo que me haga sentir bien—. No te prometo que la comida sea igual de buena que la que yo preparo, pero conozco muy buenos restaurantes.

—Me has convencido con esta última parte.

Me despido de mi padre con la mano mientras empiezo a pedalear intentando estabilizarme y no caerme de morros al suelo. Al principio me cuesta un poco adaptarme, ya que después de tantos años he perdido la práctica, pero pronto cojo el ritmo y me pongo a la altura de Steve, quien me mira con una sonrisa orgullosa dibujada en sus labios.

No sé cuántos kilómetros hay de casa de mi padre hasta el Parque del Milenio, pero no hemos recorrido más de uno y me da la sensación de que llevo horas pedaleando. Cuando Steve decide que ha llegado el momento de dejar la bicicleta a un lado y hacer el resto del recorrido caminando, mis piernas no responden y he de sujetarme a una farola cercana para no caerme al suelo.

—¿Va todo bien? —Steve se acerca a mí con preocupación y asiento con rapidez. Entre el viaje y el paseo en bicicleta, mi cuerpo ha llegado a su límite por hoy.

—Me da vergüenza admitirlo, pero no puedo mover las piernas —noto como toda la sangre de mi cuerpo se acumula en mis mejillas y la sonrisa de Steve me hace estremecer. ¿Por qué he de ser

tan floja?

—Has tenido un viaje largo y es normal que te sientas así después de llevar mucho tiempo sin hacer ejercicio de este tipo. Además, he de reconocer que te he metido mucha caña —Steve me sonrío con una disculpa reflejada en sus ojos y se acerca a mí para poner sus manos en mi cintura y así asegurarse de que no me caiga mientras esperamos a que mis piernas vuelvan a responder.

—Hace tiempo que no hago ejercicio de ningún tipo, en realidad —reímos y me ayuda a liberarme de la bicicleta sin dejar de sujetarme al notar que me tiemblan las piernas.

—¿Crees que podrás caminar de nuevo? —Steve estalla en una sonora carcajada y no puedo evitar sonrojarme de nuevo. He de reconocer que la situación es bastante graciosa.

—Necesitaré que me lleves a todas partes por el resto de nuestras vidas.

—¿Sabes? No podría imaginar nada mejor.

El silencio se instala entre nosotros y mis mejillas se ponen aún más coloradas. Steve me mira con media sonrisa dibujada en sus labios y separa sus manos de mi cuerpo, haciendo que pierda el equilibrio durante unos segundos. El muchacho ata las bicicletas con unas cadenas a una farola, me extiende su mano, la cual tomo con una tímida sonrisa, y empezamos a caminar juntos por el parque. Aunque la idea inicial era recorrerlo en bicicleta, ha quedado claro que mis piernas no van a ser capaces de pedalear más; al menos por el momento. Espero estar en condiciones para cuando llegue el momento de volver a casa.

Caminamos durante el resto de la tarde, reímos y nos contamos anécdotas de cuando éramos pequeños; esas que nuestros padres nos contaban con cariño. Me sorprende saber que conoce más cosas de mí de lo que hubiese esperado y deseado. Parece ser que mi padre ha hablado más de la cuenta sobre mi infancia y adolescencia y estoy empezando a avergonzarme. El hecho de que Steve sepa que mi primer beso fue desastroso porque el chico en cuestión me metió la lengua por la nariz, no es algo que me haga mucha gracia. Steve se pasa la tarde riéndose a mi cosa, pero no me hace sentir mal. Cada vez que recuerda esa escena de mi vida se echa a reír y yo me voy acostumbrando a su risa y compañía.

La noche cae con rapidez y nos dirigimos a un restaurante de comida rápida, ya que Steve dice que es de los mejores de la zona, aunque sigue asegurando que nada se compara a su cocina, y nos sentamos en la terraza. Hace una temperatura muy buena y, además, creemos que nos sentará bien relajarnos a la fresca después de todo el ejercicio realizado hoy. Cuando uno de los empleados se acerca a nosotros para tomarnos nota de lo que vamos a cenar, coincidimos al pedir dos hamburguesas completas, Coca-Cola y patatas rizadas con salsa de queso.

—Y cuéntame —Steve me mira cuando el camarero se aleja de nosotros y me dedica la mejor de sus sonrisas—, ¿cómo vas de amores?

—La verdad es que bastante mal —su pregunta me sorprende y dejo escapar una risita nerviosa, no me esperaba que fuese tan directo.

—¿No te ronda nadie? —aunque nunca antes he escuchado esta expresión, creo saber a qué se refiere.

—Lo cierto es que hay dos chicos, pero soy incapaz de decidirme por uno de ellos —suspiro y Steve me mira fijamente a los ojos, esperando que le siga contando la historia con total confianza. No sé por qué, pero siento que con él puedo hablar de cualquier cosa—. Verás, cada uno me aporta algo que necesito, pero no en conjunto. Unidos son perfectos, pero por separado no me dan lo que quiero. No sé si me explico, es todo muy confuso.

—Sí, perfectamente —Steve asiente varias veces, al parecer asimilando toda la información, y le agradece al camarero con una sonrisa que nos haya traído la cena tan rápido—. Quizás necesitas una tercera opción, ¿sabes? Alguien que reúna todo lo que esos dos chicos te proporcionan.

—Esa sería una buena idea, pero hasta ahora no he tenido la suerte de encontrar a esa persona —me encojo de hombros mientras tomo la hamburguesa entre mis manos, observándola con deseo.

—Ten fe, quizás el verano te traiga lo que siempre has deseado.

No logro descifrar el tono de su voz, pero creo que ha sido un intento bastante torpe de ligar conmigo. Me deshago rápidamente de ese pensamiento y me concentro en la deliciosa comida que tengo delante. Aunque está buenísima, he de reconocer que Steve tenía razón y su comida es mucho mejor. Creo que al final tendré que aceptar su idea de cocinarme cada día o, al menos, intentar convencerle para que me enseñe a hacerlo tan bien como lo hace él. Después de haber probado su comida, dudo que nada vuelva a saberme tan bien.

Son más de las doce de la noche cuando llegamos a casa. Mi padre nos espera en el porche con los brazos cruzados y, cuando me bajo de la bicicleta y me topo con su mirada, sé que está enfadado. Con la sonrisa más dulce que logro mostrar, me acerco a él y le doy un sonoro beso en la mejilla.

—Lo he pasado muy bien —le susurro al oído mientras le doy un par de golpes secos en el hombro, intentando así apaciguar su mal humor. Sé que no está enfadado conmigo por aparecer tan tarde, pero el hecho de que Steve me haya tenido danzando por ahí sin dar señales de vida no le hace ninguna gracia.

—Tengo que cantarle las cuarenta al imbécil este, se va a enterar cuando le pille por banda —me dice mientras mira de reojo a Steve, quien está guardando las bicicletas en una especie de cobertizo.

—Se ha portado de maravilla conmigo y quizás quien se merece un rapapolvo eres tú —miro a mi padre con la misma mirada acusatoria que le está dedicando él a Steve y rápidamente se

voltea para mirarme fijamente, con la confusión claramente dibujada en su rostro—. No te hagas el tonto conmigo, Steve me ha dicho que le contaste lo desastroso que fue mi primer beso. ¿Cómo se te ocurre hablar de algo tan personal con alguien que no me conoce de nada? ¡Es humillante!

—Ay, hija, no pensé que llegaríais a conoceros nunca y que le gustarías tanto —mi padre se echa a reír y el alma abandona mi cuerpo—. Sí, no te hagas la tonta tú ahora, se le nota a la legua que le has llamado algo más que la atención. A Steve no le gusta salir de casa, le encanta pasarse las horas en la cocina e inventar nuevas recetas y mejorar sus creaciones. Si ha accedido a salir a pasar la tarde contigo y alejarse de la cocina, es porque le gustas.

—Papá, te ha faltado una pistola en la cabeza cuando le has dicho que tenía que mostrarme la ciudad y hacer que lo pasase bien —le miro con incredulidad, a veces no le entiendo—. ¿Necesitas que te lo recuerde?

—Conozco a Steve desde hace muchos años y, cuando no quiere hacer algo, planta cara. No hubiese sido la primera vez que se enfrentase a mí.

Mi padre me guiña un ojo y, tras gritarle a Steve que ni se le ocurra volver a aparecer en casa conmigo tan tarde si no quiere que le ponga los huevos a modo de corbata, se dirige a su habitación para descansar y prepararse para el día siguiente. Steve se acerca a mí con una sonrisa mientras niega con la cabeza, aguantando la puerta de la entrada para que yo pueda entrar primero.

—¿Cómo le soportas? —miro a Steve sin entender cómo puede aguantar a mi padre cuando se pone tan autoritario; yo nunca lo he soportado y sé que nunca lo haré.

—Es como un padre para mí, nunca me atrevería a hacer nada que pudiese molestarle y no soportaría decepcionarle. Además, disfrutamos sacándonos de quicio el uno al otro. No podemos evitarlo —se encoge de hombros sin borrar su sonrisa y se dirige rápidamente al salón, dejándose caer en el sofá sin ningún miramiento—. Hemos aprendido a llevarnos bien.

—Te felicito por ello, a veces no es fácil aguantar su carácter —me siento a su lado y me acurruco abrazando uno de los cojines. El sueño y el cansancio me están matando, pero una parte de mí se resiste a separarse de Steve por el momento.

—Ha estado muy solo. Mi cometido durante estos últimos años, además de prepararle las comidas, ha sido hacerle compañía —mis ojos se llenan de lágrimas al escuchar las palabras de Steve, a sabiendas de que he tenido muy abandonado a mi padre—. Oh, no, no, por favor. Tú no tienes la culpa de nada, él siempre lo ha dejado muy claro. Está muy orgulloso de que te quedases para perseguir tus sueños y de que hayas luchado tanto por llegar al lugar en el que estás ahora. Te quiere más que a nada en el mundo y está feliz de que tú lo seas —Steve se acerca a mí, retira las lágrimas que se han deslizado por mis mejillas y me quedo perdida en sus ojos.

Nunca me había sentido como en este preciso instante; tranquila, en paz y sin ganas de ocultar mis emociones tras el muro que construí cuando mi madre murió. Desde aquel momento, no había vuelto a llorar, no he permitido que nadie viese mis debilidades y ahora mismo siento que nada de

eso tenía ningún sentido. Así, como si nada, Steve ha conseguido que me abra por completo y me echo a llorar en su regazo mientras me acaricia el pelo con suavidad. No me interrumpe, no me pide que me calme, simplemente espera a que lo haga sin decir nada.

Steve me está dando algo que nadie me ha dado nunca; paciencia, respeto y comprensión. Me siento bien estando a su lado, aunque apenas le conozca. Soy de las que creen que, cuando conoces a tu alma gemela, aparece en forma de amistad o de romance, lo notas al instante. Es algo que no necesita tiempo, simplemente aparece cuando menos te lo esperas. Tal vez mi padre tuviese razón y Steve haya visto más en mí de lo que yo quiero creer. Quizás, solo quizás, él sea mi tercera opción.

Los días han ido pasando y me siento una persona totalmente nueva. Durante este tiempo en el que he seguido descubriendo la ciudad con Steve, me he abierto mucho más y me he desprendido de todos los miedos que se habían ido acumulando en mi corazón durante estos últimos siete años. No es fácil salir adelante de una situación traumática sola, pero no me quedó más remedio que hacerlo. Fui demasiado cobarde como para pedirle ayuda a mi padre, para pedirle que volviese a mi lado y cuidase de mí como había hecho siempre.

Tuve una larga conversación con mi padre, en la que le confesé que no había venido a visitarlo porque no me creía capaz de estar a su lado sin sentir que estaba traicionando a mi madre, sin pensar que hacíamos mal siendo felices juntos; sin ella. Mi padre confesó también sus razones para no haber vuelto a Madrid teniendo dinero de sobra para jubilarse y mantener a medio edificio. Una de esas razones es la misma que la mía; no podía verme sin acordarse de su mujer y es algo que respeto y acepto.

He pedido una beca, no lo sabe nadie, pero si me la conceden podré trasladarme a Chicago y recuperar el tiempo perdido con mi padre. Además, podré pasar más momentos con Steve, quien está empezando a ganarse mi corazón. Los días posteriores al llanto que duró más de tres horas y cesó porque me quedé dormida, Steve estuvo a mi lado en todo momento sin dejarme ni un solo momento libre para evitar que el dolor volviese a mi mente. Me preparó todas las comidas, a pesar de que mi padre le recordaba constantemente que le había dado vacaciones y yo le repetía que podía hacerlo con mis propias manos. Me traía chocolate cuando veía que mis ánimos disminuían, dulces cuando creía que necesitaba un empujón y aceptó mi propuesta de dejar de ver la ciudad en bicicleta. Me encantaba hacerlo, pero me dolían tanto las piernas que empecé a pensar que no eran mías; durante la mayor parte del día no las sentía.

Viéndolo así se podría llegar a creer que Steve es como un *perrito faldero* que hace todo lo que quiero, pero lo cierto es que también hemos tenido nuestros roces cuando no ha estado

conforme con lo que le he dicho. He de reconocer que lo que me dijo mi padre sobre él, es cierto; no le importa encararse cuando las cosas no le parecen bien y es algo que me encanta de él. No se deja llevar, siempre sigue sus propios instintos.

Una noche, cuando volvíamos de dar un largo paseo, Steve se despidió de mí con un beso en los labios. Fue dulce, tierno y sincero y me sentí en una nube. Ocurrió exactamente como debe darse el primer beso; de forma totalmente inesperada y nada incómoda, haciéndote sentir que junto a esa persona todo irá bien.

Al día siguiente me di cuenta de que no podía seguir allí sin solucionar los temas pendientes que tenía en Madrid, no podía quedarme si no terminaba con mis problemas de una vez por todas. En cuanto le dije a Steve que iba a volver a mi ciudad antes de lo previsto, me gritó diciéndome que no podía huir de mis sentimientos y que debía ser valiente y enfrentarme a ellos. Al principio me dolió, pero más tarde entendí que solo estaba asustado; no quería perderme.

Después de hablar con él y de explicarle que no era correcto desaparecer sin dar explicaciones y que tenía que acabar con lo que había dejado atrás, le prometí que volvería pronto y todo se calmó. Steve entendió que necesitaba desprenderme de mi pasado para empezar a vivir mi presente. Durante el tiempo que he pasado en casa de mi padre me he dado cuenta de que ni Aitor ni Javier me han hecho nunca feliz. Es cierto que me han dado buenos momentos, pero no llegué a sentirme plena junto a ellos; simplemente estaba bien pasar tiempo con ellos.

Poco a poco me he ido dando cuenta de que Steve cumple todos y cada uno de los requisitos que siempre he buscado en un hombre; es atento, me respeta, confía en mí y en mi criterio, está a mi lado cuando le necesito y cuando no también, me mantiene con los pies en la tierra, es cariñoso, es dulce y, lo más importante de todo, no me regala los oídos. Steve sabe perfectamente cuando puede darme alas y cuando ha de frenarme para que no me ilusione en vano y me dé de bruces contra el suelo. Quizás, no fue tan descabellado pensar en una tercera opción que pudiese llegar a hacerme completamente feliz.

—Te ha llegado una carta —mi padre me saca de mis pensamientos y me mira extrañado al extenderme el sobre que sujeta entre sus manos. He decidido pasar el resto del verano aquí, así que me encuentro preparando una pequeña maleta para volver a Madrid y poner orden en mi vida —. ¿Qué es? ¿Y cómo es que ha llegado aquí?

Sin contestarle, abro la carta con rapidez ansiosa por leer las palabras que me aguardan en un papel totalmente doblado. Cuando por fin consigo desdoblarlo con mis temblorosas manos, no puedo evitar que las lágrimas empiecen a rodar por mis mejillas; me han concedido la beca. No puedo controlarlo y un grito estridente sale de mi garganta, haciendo que mi padre se sobresalte y que Steve aparezca en mi habitación con la cara contraída por la preocupación. Ambos se miran con confusión y me dirigen una mirada ansiosa para que les explique qué está pasando.

—Hace unas semanas solicité una beca para poder trasladar mi investigación aquí, a Chicago

—las lágrimas siguen cayendo por mi rostro mientras siento la mirada orgullosa de mi padre sobre mí y la emoción en los ojos de Steve—. Me la han concedido. Me quedaré aquí, con vosotros. Solo tengo que volver a Madrid unos días como tenía planeado y volveré pronto a quedarme para siempre.

Antes de que pueda darme cuenta y reaccionar, mi padre ha pegado un brinco y se ha acercado a mí para abrazarme con fuerza. Las lágrimas se acumulan en sus ojos mientras me susurra que siempre ha sabido que puedo conseguir todo lo que me proponga y que está orgulloso de que haya tomado la decisión de quedarme a su lado. Ambos nos hemos echado de menos y ya iba siendo hora de que alguno de los dos diésemos el paso; solo necesitábamos tiempo.

Steve sigue apoyado en el marco de la puerta sin saber qué hacer ni cómo actuar. Los ojos le brillan llenos de emoción y aguarda, supongo, a que mi padre abandone la estancia para darme la enhorabuena y decirme, espero, que se alegra de que me quede en Chicago. Ahora mismo me siento un poco estúpida, quizás me he emocionado al pensar que Steve podría alegrarse de que me quedase a su lado.

Cuando mi padre se despide de nosotros a toda prisa, informándonos de que va a hacer unas llamadas para reservar mesa en el mejor restaurante de la ciudad para celebrarlo, Steve se acerca a mí y se sienta a mi lado en la cama, mirándome con nerviosismo. Su expresión cambia por completo al tomar la carta entre sus manos y la presiona contra su pecho, cerrando los ojos y mostrando una gran sonrisa.

—Te quedas, para siempre.

—Me quedo.

Steve me mira fijamente a los ojos, acaricia mi mejilla con dulzura y besa mis labios con mucha suavidad, esperando una respuesta por mi parte que llega sin apenas esperármela. Noto como el calor empieza a invadir mi cuerpo y me doy cuenta de que las terceras opciones son las mejores. Con mucho cuidado, Steve me tumba sobre la cama dejando que su cuerpo repose sobre el mío sin llegar a aplastarme y provocando que ese calor se instale en mi estómago. Escuchamos la puerta principal unos segundos después y, sabiendo que estamos completamente solos y que tenemos vía libre, nos dejamos llevar por el momento.

Nuestra ropa desaparece rápidamente, el ambiente empieza a estar cargado y siento que empiezo a ahogarme según pasan los segundos, pero la boca de Steve pegada a la mía me ayuda a recuperar el aliento. Ya no recuerdo la última vez que me sentí deseada, querida y que me trataron con tanta dulzura durante un momento como este.

Ahora mismo me siento libre y no puedo imaginarme un lugar mejor donde estar. He tardado demasiado tiempo en darme cuenta de que no era tan feliz como pensaba. Tal y como dicen; mejor tarde que nunca.

Justo en este momento, me doy cuenta de que he hecho bien en tomarme un descanso y aceptar

la oportunidad de tener todo lo que siempre he soñado y esperado de la vida; familia, el trabajo de mis sueños y, por último pero no menos importante, un incipiente y poderoso amor del que estoy segura que no podré escapar.